



© Sara Martín

© Mariano Martín Rodríguez

Una narración de Edward Bulwer-Lytton entre la fantasía épica y la ficción protohistórica

*Traducción de Sara Martín e introducción de Mariano Martín
Rodríguez*

Edward Bulwer-Lytton (1803-1873) es célebre hoy sobre todo por su novela de 1834 acerca de *The Last Days of Pompeii* [*Los últimos días de Pompeya*], cuando los primeros cristianos contraponían sus supuestas virtudes a los supuestos vicios de la Roma imperial. Su éxito inmediato supuso el arranque de la ficción arqueológica antigua, esto es, la centrada en la vida cotidiana de alguna sociedad de la Antigüedad documentada, más que en las gestas de los grandes personajes de aquella época que antes solían protagonizar historias y novelas ambientadas en aquel imperio o

entre sus predecesores de Grecia y el antiguo Oriente. Aunque la recreación de aquella sociedad tiene cierto componente especulativo, es por otra novela por la que Bulwer-Lytton tiene un lugar asegurado en el canon de esta clase de ficción, en su variante fictocientífica. Se trata de *The Coming Race* [*La raza futura*] (1871), la cual expone las peripecias de un joven contemporáneo que se interna en una mina hasta un mundo subterráneo de cavernas donde vive una raza humana desde tiempos tan antiguos que ha sufrido una evolución paralela, siendo en ella las mujeres de mayor tamaño

y fuerza que los varones. Esta civilización ha alcanzado un alto grado de comodidad gracias al vril, una energía desconocida entre eléctrica y mental, cuyo empleo exime de tareas fatigosas y cuyo peligro ha hecho que todos vivan en paz, pues cada individuo tiene acceso a ella y podría usarla para acabar limpiamente con su prójimo. Ante la perspectiva de la destrucción recíproca asegurada, la sociedad subterránea ha adoptado mecanismos de control interno que han acabado por dar lugar a un orden utópico, sin diferencias de riqueza ni poder, ni guerras ni rivalidades. Sin embargo, Bulwer-Lytton no es un utopista al uso que quiera predicarnos lo muy bien que nos iría si abrazáramos un orden similar. En su utopía subterránea se cree en el derecho de la vida tan solo de los seres superiores como ellos mismos y, de conocer la existencia de la defectuosa humanidad de la superficie, no dudarían en utilizar el vril para exterminarla. El propio protagonista debe huir para no ser víctima mortal él mismo de tan perfecto sistema. Todo ello denota, como mínimo, cierto grado de escepticismo de Bulwer-Lytton frente a cualquier orden social, incluso teóricamente utópico.

Este escepticismo es aún más claro en su obra especulativa temprana, escrita a principios de la década de 1830, cuando obró en la Cámara de los Comunes británica en favor de las reformas que ampliaron la democracia en su país. Fue entonces cuando vieron la luz tres grandes relatos suyos relativamente extensos que lo convierten en pionero de uno de los géneros de ficción hoy más queridos por los lectores, la fantasía épica o alta fantasía. En todos ellos aparecen sociedades cuyo funcionamiento es diverso, pero que nunca dejan de demostrar al protagonista que debe prescindir tanto de su ingenuidad como de su bondad naturales si quiere sobrevivir, prosperar e, incluso, ejercer el poder, siempre de la forma amoral y tiránica

que ha tenido que hacer suya tras su duro aprendizaje del tenor de la vida colectiva. El primero cronológicamente, «Arasmanes, or the Seeker» [Arasmanes o el buscador] (1834; *The Student* [El estudiante], 1835), se inscribe de forma original en la serie de ficciones antediluvianas populares en su tiempo, esto es, aquellas basadas en los breves pasajes del libro del *Génesis* de la Biblia hebrea acerca de la humanidad normal y gigantesca que convivió entre la expulsión del edén y la destrucción del primer mundo mediante el diluvio universal. En todo ese tiempo tan escasamente tratado en aquel libro pudieron sucederse civilizaciones míticas que varios escritores románticos describieron por extenso en prosa y verso. La mayoría de ellos puso en escena figuras conocidas de su materia mítico-legendaria hebrea, desde Caín y sus descendientes hasta Noé y su familia, pero hubo también otros para quienes aquella ambientación antediluviana era un mero marco, mientras que sus personajes y sus historias, además de las civilizaciones en que se inscribían, eran de su propia invención, incluso en su aspecto toponímico y onomástico, todo lo cual indica su carácter (proto)épico-fantástico. Entre las de este carácter destacan la epopeya *La chute d'un ange* [*La caída de un ángel*] (1838) de Alphonse de Lamartine (1790-1869) y este relato de Bulwer-Lytton sobre Arasmanes, un joven caldeo que emprende la búsqueda del edén perdido, el cual existe físicamente, pero al que acaba renunciando desengañado tras haber gozado y sufrido en su búsqueda la frustración del amor físico, la inhumanidad inhumana de una sociedad que gira en torno a la riqueza y la crueldad de los ejércitos, hasta acabar abrazando procedimientos que lo llevarán a convertirse en un rey tirano que todo lo confía a la violencia. Finalmente, la muerte, personificada en una misteriosa bruja, lo atrae a un lugar misterioso de perdición marcado con una sola palabra,

un *nunca* que encierra el fin de la esperanza tanto en un edén mítico como en la propia vida terrenal en sociedad.

Un fuerte elemento de narrativa de formación determina la historia de la última gran aportación de Bulwer-Lytton a la constitución de la fantasía épica. En «Chairolas, Prince of Paida» [Chairolas, príncipe de Paida] (1836) abrazó un planteamiento que se presentaba en teoría como de ficción maravillosa, desde el «érase una vez» de su inicio hasta una clara alusión a que la historia se ambienta en «Fairyländ», pero este país feérico no era de cuento de hadas, sino de uno mucho más semejante a las futuras teorías de J. R. R. Tolkien (1892-1973) expuestas en su conferencia «On Fairy-Stories» [*Sobre los cuentos de hadas*] (1947), pues se alejaba del convencionalismo intrínseco de las geografías feéricas, prefiriendo en su lugar describir civilizaciones integrales subcreadas, cada una con su propio ordenamiento coherente, integral y cerrado. El príncipe Chairolas pasa de uno a otro en su viaje educativo obligatorio para poder heredar la corona de su padre, pero sus experiencias en cada una y su error al querer integrarse en ellas mediante la adopción de sus costumbres aberrantes le impiden poder embarcarse hacia la Isla Feliz. En cambio, regresa a su reino tan eficazmente educado por su experiencia que no duda en destronar a su padre, antes de acabar siendo un tirano asesinado por su propio hijo y heredero, en un final opuesto al feliz típico de los cuentos de hadas.

El pesimismo que rezuman ambos relatos parece ser más bien de carácter moral. Las sociedades descritas funcionan perfectamente, pero para los protagonistas son escuelas de las malas costumbres que los llevan a su innoble final, que parece merecido. De haberse comportado de otra manera, tal vez hubieran merecido alcanzar el Edén o reinar normalmente

como había hecho el padre de Chairolas. Esta posibilidad desaparece en «The Fallen Star, or the History of a False Religion» [*El lucero caído o historia de una falsa religión*], una narración intercalada como su capítulo XIX en el libro de Bulwer-Lytton titulado *The Pilgrims of the Rhine* [Los peregrinos del Rin] (1834), consistente en escenas del viaje de una pareja casta y angelical de novios a lo largo de Bélgica y los países alemanes del Rin como especie de despedida antes del inevitable fallecimiento por consunción de la joven, de la que el mozo parece haberse enamorado precisamente por su aire de muerta en vida. Entre sus visiones de los amenos paisajes urbanos y naturales visitados se insertan historias diversas, normalmente de un blando sentimentalismo (pre)victoriano acorde con los evanescentes amores de los protagonistas. La excepción es precisamente la del lucero caído, cuyo carácter iconoclasta frente a las instituciones políticas y sociales y frente a algo que también era tan intocable socialmente en la Gran Bretaña de entonces como lo era la religión, es tan radical que el narrador la atribuyó a un estudiante alemán que los jóvenes viajeros habían conocido y a quienes hace entrega de su obra, que aquellos leen y comentan después, especialmente la joven, en un sentido menos chocante para la sensibilidad de los lectores de la época. La narración en sí misma es completa y así puede leerse, sin el marco que pretende limitar la extrema osadía de su planteamiento.

«The Fallen Star, or the History of a False Religion» señala desde su mismo título de qué se trata. Es la historia de cómo surgió una religión que, si bien es imaginaria, parece representar el cristianismo institucionalizado, tal y como sugieren la índole de su organización y los uniformes negros de sus sacerdotes, que evocan las vestimentas tradicionales de los curas y pastores cristianos. Sin embargo, la crítica

puede aplicarse a cualquier religión, pues el autor no satiriza directamente ninguna práctica ni confesión religiosas en concreto, sino que escribe una parábola que persigue ser universal acerca del origen de la religión como concepto mismo, como creación social al servicio de unos pocos, los más astutos y manipuladores, aquellos que no dudan en engañar e incluso asesinar para asentar su sugestión sobre las masas crédulas. Estas constituyen su base política para ejercer directa o indirectamente el poder teocrático con el que se arrojan de la manera profundamente inmoral ejemplificada en esta narración de Bulwer-Lytton por el ascenso social de Morven, el tullido protagonista en el seno de una civilización prehistórica en los albores de la humanidad, cuando existían aún los mamuts, tal y como indica el autor en nota al efecto de dar idea de lo remoto de la época de que se trata.

Esta ambientación era entonces nueva. Aunque hacía bastantes años que Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) había imaginado cómo podía ser la sociedad de los hombres primitivos, se trataba en su caso de elucubraciones filosóficas sin base arqueológica alguna, también porque la arqueología prehistórica ni siquiera había nacido entonces como disciplina. En 1834, esta aún no había alcanzado aún un estatuto científico riguroso, pero ya se sabía que la humanidad no había aparecido según contaba la historia sagrada judeocristiana dominante en Europa y sus dependencias culturales, sino que se había producido una evolución, cuyos estadios finales, el de las sociedades bárbaras protohistóricas con las que los antiguos griegos y romanos comerciaron y lucharon, ya se conocían cada vez mejor, según iban apareciendo vestigios materiales suyos o atribuidos a ellas, como los monumentos megalíticos del Neolítico y Edad del Bronce temprana entonces atribuidos a los celtas de

la Edad del Hierro. Este error arqueológico es comprensible si consideramos que el estudio del Neolítico se inició verdaderamente a partir de 1854, cuando una sequía hizo bajar el nivel de los lagos suizos donde aparecieron objetos aún líticos, pero que denotaban un uso ya agrícola. Por eso, la visión del lejano pasado de nuestra especie en esta narración de Bulwer-Lytton solo pretende dar idea de un proceso (pre) histórico de carácter profano, esto es, ajeno a los mitos y leyendas de los libros sagrados de las religiones, como correspondía a su enfoque precisamente antirreligioso. Por lo demás, la fidelidad arqueológica que caracteriza, al menos en teoría, la ficción llamada prehistórica aún no está demasiado desarrollada en «The Fallen Star, or the History of a False Religion». Los mamuts del Paleolítico conviven con una sociedad ya dividida en clases y que presenta la complejidad necesaria para que exista incluso un monarca y batallas de aire bélico antiguo. Pese a ello, la desmitificación o laicización de las primeras fases del devenir de la humanidad hacen que esta historia de una falsa religión pueda considerarse una clara precursora de la futura ficción arqueológica ambientada en el Neolítico. Esta cuenta a menudo procesos de construcción institucional, tanto desde el punto de vista del Estado como de la religión que siguen, como lo hizo en primer lugar, y probablemente sin conocer esta obra de Bulwer-Lytton, el pionero de este género de ficción arqueológica, Arthur Helps (1813-1875), en *The Story of Realmah* [Historia de Realmah], novela intercalada como lectura narrativa autónoma en sus diálogos sociopolíticos del volumen titulado *Realmah* [Realmah] (1868).

Por otra parte, apunta más bien a una clasificación genérica en la fantasía épica la descripción de una sociedad organizada, con su propio ordenamiento institucional, costumbres y creencias (o más bien supersticiones), todo lo

cual constituye un conjunto cultural coherente de carácter tan inventado como los nombres de los personajes. Esta sociedad es el fruto de un proceso integral de subcreación al modo tolkieniano. La historia del lucero caído ya ha cortado el cordón umbilical que la unía a la historia sagrada patrimonial en la narración sobre Arasmanes. Ya no nos encontramos ante una historia antediluviana en los intersticios de la Biblia, aunque el marco pueda hacer pensar todavía en el influyente modelo miltoniano, con sus ángeles que forman la corte celestial del Dios único. Uno de ellos es Lucifer, lo que sugiere esta filiación. No obstante, carece de precedentes el ángel-lucero que se queja de la misión que le ha encomendado el Altísimo de guardar una comunidad y que acierta a convencer al Todopoderoso de que le confíe el destino de un único individuo, a consecuencia de cuyos actos caerá en la morada de Lucifer, donde ejercerá su enorme poder adquirido como personificación alegórica del Miedo. Este final puede entenderse como una concesión a la moral y la religión, igual que la entronización celeste en su lugar de otro ángel-estrella, personificación de la Esperanza, para que compense, si puede, los males que el lucero caído ha traído a nuestro mundo a través de su protegido. Este no es otro sino Morven, el fundador de la falsa religión, cuya historia constituye el núcleo de la parábola.

Morven no solo pertenecía por su origen a la clase más humilde de su pueblo. Debido a su minusvalía física, tampoco podía aspirar a ascender en la escala social dedicándose al prestigioso oficio de las armas. Afortunadamente para él, fuera gracias a la inspiración del ángel que representaría el elemento sobrenatural común en la fantasía épica, fuera por su propia astucia innata, consigue aprovechar la suerte de haber oído a escondidas los planes de invasión de una tribu

rival a la suya para iniciar su carrera de profeta, al atribuir su conocimiento de la futura invasión a su diálogo sobrenatural con un lucero. Este bien podría ser el lucero caído del marco de la historia, pero está claro desde el principio que, para Morven, se trata de un engaño para adquirir prestigio social y obtener la audiencia popular que le habrá de servir de trampolín en su carrera hacia el poder.

Otras intervenciones cuyas creídas proféticas y sobrenaturales son el resultado de su aprovechamiento de un mejor conocimiento de la naturaleza, allí donde sus compatriotas no ven sino signos divinos. Mediante unos engaños crecientes, tan atrevidos como bien preparados, consigue formar parte, mediante alianza matrimonial, de la familia real gobernante, asesina sin que se sepa al monarca, tras engañarlo también y hace que lo suceda su aliado, mientras tiende sus redes y convence a la mayoría de su comunicación particular con los poderes sobrenaturales, hasta que llega un momento en que los poderosos de la clase guerrera se dan cuenta del peligro para su estatuto superior y quieren matarlo. El pueblo sale entonces en su defensa y acaba con el orden político anterior, pero el nuevo no lo *empodera*. En realidad, no ha hecho sino sustituir una tiranía por otra, la de Morven, cuya inteligencia superior le permite organizar un nuevo orden en el que imperan lo religioso y el clero, pero sin mandar directamente, sabedor que el poder real de la nueva institución religiosa supera el de los propios soberanos de la milicia y la política.

Las semejanzas entre lo ocurrido con Morven y su país en la prehistoria y lo ocurrido en la historia documentada con los diferentes cleros que han manipulado y aprovechado la fe sincera o las supersticiones de las masas no son, naturalmente, mera coincidencia. Es evidente el propósito crítico de Bulwer-Lytton en esta narración, a la vez que la índole y el destino del

lucero angélico que ha movido los hilos desde su esfera sobrenatural permiten identificar la religión con el mal. El autor se cubre las espaldas ante los lectores biempensantes al afirmar que se trata de una «falsa religión», pero la reacción negativa o, al menos, disconforme de la joven moribunda y creyente que lee esta historia no deja lugar a dudas de la aplicación universal de esta parábola, a la que también sirve el propio carácter subcreado, épico-fantástico, de su mundo ficticio. Al rehuir una ambientación histórica concreta, al contrario de lo habitual en las obras anticristianas de los ilustrados del siglo anterior, y recurrir en su lugar a un mundo secundario subcreado, Bulwer-Lytton procede a un mecanismo suviniano de distanciamiento cognitivo que permite ver y juzgar la religión como un todo y desde fuera, sin limitarse a una perspectiva limitada a una sola religión existente y particular. De esta manera, exploró y explotó

magistralmente la potencialidad crítica de la fantasía épica, el género que podríamos llamar la ciencia ficción de las ciencias históricas. «The Fallen Star, or the History of a False Religion» se erige así en una de sus manifestaciones pioneras más tempranas. Por desgracia, su mensaje era demasiado revolucionario para el tenor de la sociedad británica de su tiempo y, más aún, de la época victoriana subsiguiente. Aún hoy, cabe preguntarse si el persistente peso cultural de la religión en los países anglófonos, donde brilla por su ausencia la arraigada tradición anticlerical de los países latinos de habla castellana o francesa, podría explicar el hecho de que esta obra tan sobresaliente por tantos conceptos siga siendo desdeñada hasta por los historiadores y estudiosos de la fantasía épica en la angloesfera. Esperamos que en castellano¹ sea mejor entendida y apreciada.

¹ La versión que sigue se basa en el texto de la primera edición del original: «The Fallen Star, or the History of a False Religion», *The Pilgrims of the Rhine*, London, Saunders and Atley, 1834.

EDWARD BULWER-LYTTON

El lucero caído o historia de una falsa religión

Y los luceros se sentaron, cada uno en su trono de rubí, y contemplaron con ojos insomnes el mundo. Era la noche que marcaba el inicio del nuevo año, una noche en la que cada lucero recibe su propio encargo del arcángel que visita entonces la galaxia universal. Los destinos de los hombres y de los imperios se reparten para el año que empieza y, sin que lo sepamos, nuestros destinos quedan sujetos a las estrellas. Es una noche silenciosa y solemne aquella cuando las oscuras Puertas del Tiempo se abren para recibir al espectro del Año Muerto, y el joven y radiante Extraño se precipita desde los abismos nublados de la Eternidad. En esa noche se dice que se dan a los espíritus que no vemos un privilegio y un poder. Los muertos se agitan turbados en sus tumbas olvidadas, y los hombres festejan y ríen, mientras que el demonio y el ángel luchan por su perdición.

Era de noche en el cielo, reinaba un silencio inefable. La música de las esferas se había detenido, y ni un solo sonido provenía de los ángeles estelares. Y los que se sentaban en aquellos tronos resplandecientes eran tres mil diez, cada uno semejante al otro. La eterna juventud revestía sus radiantes miembros de celestial belleza y en sus rostros estaba escrito el temor de la calma, esa quietud temerosa que no siente, que no simpatiza con el destino sobre el que cavila. Ellos ordenan y dirigen, sin júbilo ni compasión, la guerra, la tempestad, la peste, el ascenso de los imperios y su caída. Los monarcas de las estrellas contemplan los crímenes letales y apasionantes que acechan por todas partes cuando el mundo duerme —el parricida con su paso sigiloso y su frente horrible y su cuchillo alzado; la madre soltera que se desliza en silencio y mira tras de sí, y aún

más atrás, y se estremece, y arroja a su bebé al río, y oye el llanto, y no se compadece, y oye el chapoteo, y no tiembla— y conducen su paso inconsciente sin que la culpa empañe su lustre, ni el remordimiento marchite su juventud sin arrugas.

Cada lucero llevaba una diadema regia y ceñía sus caderas un cinturón grabado, con muchos signos poderosos. Sus pies se apoyaban sobre una bola ardiente, y su brazo derecho languidecía sobre la rodilla al inclinarse sentados en sus tronos. No movían ni un miembro ni un rasgo, salvo el dedo de la mano derecha, que de vez en cuando movían lentamente señalando, y así regulaban los destinos de los hombres como la aguja de la esfera marca el paso del tiempo.

Solo uno de los tres mil diez tenía un aspecto distinto a sus hermanos coronados. Era un lucero más pequeño que los demás y menos luminoso. El semblante de este astro no estaba marcado por la terrible calma de los demás, sino que se apreciaba hosquedad y descontento en su frente poderosa.

Y este lucero se dijo: «¡Mira! He sido creado con menos gloria que mis semejantes, y el arcángel no me asigna los mismos destinos señoriales. No me tocan las perdiciones de reyes

y bardos, de los gobernantes de imperios, o, siendo aún más nobles, las de quienes dominan y armonizan las almas. A mí se me ordena guiar a espíritus perezosos y a grupos de hombres vulgares de una vida aburrida a una tumba sin fama. ¿Y por qué? ¿Es culpa mía, o no lo es, que yo haya sido tejido con rayos menos gloriosos que mis hermanos? ¡Vaya! cuando venga el arcángel, no inclinaré mi testa coronada ante sus decretos. Hablaré, como hizo el ancestral Lucifer antes que yo: *él* se rebeló por su gloria, *yo* por mi oscuridad; *él* por la ambición del orgullo, y *yo* por mi descontento».

Y mientras el lucero reflexionaba así, los cielos superiores se abrieron como por un largo río de luz y por esa corriente, veloz y en silencio, corrió el arcángel visitante de las estrellas. Sus vastos miembros flotaban en el brillo líquido y sus alas extendidas, cada penacho la gloria de un sol, lo llevaban sin hacer ruido. Sin embargo, espesas nubes velaban su brillo a los ojos de los mortales y, mientras todo el cielo estaba bañado por la serenidad de su esplendor, la tempestad y la tormenta se desataron sobre los hijos de la tierra: «Inclinó los cielos y descendió, y las tinieblas quedaron bajo sus pies».



Y la quietud en los rostros de las estrellas se hizo aún más silenciosa, y el horror se convirtió en reverencia. Justo encima de sus tronos se detuvo el curso del arcángel y sus alas se extendieron de oriente a occidente, oscureciendo con la sombra de la luz la inmensidad del espacio. Entonces, en la quietud resplandeciente, resonó la temible música de su voz y, cumpliendo la heráldica de Dios, a cada estrella asignó su deber y su encargo, y cada lucero inclinó aún más la cabeza al oír el *fiat*, mientras su trono se mecía y temblaba ante la Majestad de la Palabra. Pero al fin, cuando cada una de las estrellas más brillantes hubo recibido, una tras otra, el mandato, y el virreinato sobre las naciones de la Tierra, la púrpura y las diademas regias, el arcángel se dirigió al lucero menor sentado a distancia de sus compañeros.

—¡Mira —dijo el arcángel— las rudas tribus del Norte, los pescadores del río que fluye y los cazadores de los bosques que oscurecen con su verdor las cimas de las montañas! Que estén estos a tu cargo y que cuides de sus destinos. No pienses, ¡oh lucero de los hoscas rayos!, que tus deberes son menos gloriosos que los deberes de tus hermanos, porque el campesino no es menos para tu señor y el mío que el monarca, ni el destino de los imperios descansa con más peso sobre el soberano que el del rebaño. Las pasiones y el corazón son el dominio de las estrellas, un reino poderoso; pero pasiones y corazón no son menos poderosos bajo la piel que viste el pastor que bajo las vestiduras enjoyadas de los reyes orientales.

Entonces el lucero levantó la pálida frente de su pecho, y respondió al arcángel:

—¡Mírame! —dijo—, han pasado los siglos, y cada año me has asignado el mismo encargo innoble. Te ruego que me liberes de los deberes que desprecio; o, si quieres que la raza más humilde de los hombres esté a mi cargo, no me hagas responsable de muchos, sino de

uno, y permíteme infundir en él el deseo que desprecia los valles de la vida y asciende por sus montes escarpados. Si los humildes me son entregados, que haya entre ellos uno a quien yo guíe en la misión de humillar a los soberbios; porque, mira, ¡oh Ministro de las Estrellas!, que mientras he permanecido sentado incontables años en mi trono solitario, meditando sobre las cosas de allá abajo, mi espíritu ha acumulado sabiduría gracias a los cambios que allí alteran las cosas. Contemplando las tribus de la Tierra, he visto cómo la multitud se deja persuadir, y he seguido los pasos que conducen la debilidad al poder, y de buena gana sería el gobernante de alguien que, si se le humilla, aspire a gobernar.

Como una nube repentina sobre la faz del mediodía fue el cambio en la frente del arcángel.

—Lucero orgulloso y melancólico —dijo el heraldo—, tu deseo entraría en guerra con los trazados del DESTINO invisible, que, en su alto trono, lo controla y lo armoniza todo, la fuente de la que brotan eternamente los ríos menores del destino a través del corazón del universo de las cosas. ¿Crees que tu sabiduría, por sí misma, puede llevar al campesino a convertirse en rey?

Y el lucero coronado miró impávido el rostro del arcángel, y respondió:

—¡Sí! ¡Concédeme una sola oportunidad!

Antes de que el arcángel pudiera replicar, el centro más lejano del Cielo se rasgó como por un rayo, y el heraldo divino cubrió su rostro con sus manos, y una voz grave, dulce y suave, con la conciencia de un poder incuestionable, le habló al lucero quejumbroso:

—Ha llegado el momento de que puedas cumplir tu deseo. Debajo de ti, en esa llanura solitaria, se sienta un mortal, tan sombrío como tú, que, nacido bajo tu influencia, puede ser moldeado a tu voluntad.

La voz cesó como la voz de un sueño. El silencio reinaba sobre los mares del espacio, y el

arcángel, una vez más en el aire, flotó lentamente hacia el cielo más lejano para promulgar el mandato divino a las estrellas de mundos distantes. Pero el alma del lucero descontento se regocijaba por dentro: «Haré surgir un rey del valle del pastor que pisoteará a los reyes súbditos de mis semejantes, y hará que el pupilo del lucero despreciado sea más glorioso que los esbirros de sus hermanos favorecidos; ¡así me vengaré del abandono sufrido!, ¡así demostraré en lo sucesivo mi derecho a la herencia de los grandes de la tierra!»

En aquel tiempo, aunque el mundo llevaba siglos girando y la peregrinación del hombre había pasado por varios estados de existencia, que nuestro tenue conocimiento tradicional no ha preservado, con todo la condición de nuestra raza en el hemisferio Norte era entonces lo que nosotros, en nuestra imperfecta sabiduría tradicional, hemos concebido como una de las más antiguas.

Sentado junto a un tosco y vasto montón de piedras, albañilería de artes olvidadas, un hombre solitario contemplaba a medianoche el cielo. Acababa de pasar una tormenta sobre la tierra, las nubes se habían alejado y las altas estrellas vigilaban las rápidas aguas del Rin, y no se oía otro sonido que el rugido de las olas y el goteo de la lluvia de los enormes árboles, alrededor del montón de ruinas. Las blancas ovejas yacían dispersas en la llanura y el sueño con ellas. El hombre se puso a vigilar el rebaño, no fuera que los enemigos de una tribu vecina lo cogieran desprevenido, y así reflexionaba:

«El rey se sienta en su trono, y es honrado por una raza guerrera, y el guerrero se regocija en los trofeos que ha ganado. El cazador pisa audaz la cima de la montaña, y su nombre es cantado de noche alrededor de las hogueras de pino por los labios del bardo, y el bardo es honrado en la sala. Pero *yo*, que no pertenezco a la raza de los reyes y cuyos miembros no pueden sujetarse al éxtasis de la guerra, ni escalar los nidos del águila y las guaridas del veloz ciervo, cuya mano no puede tocar el arpa, y cuya voz es áspera en el canto, no tengo honor ni mando, y los hombres no inclinan la cabeza a mi paso. Sin embargo, siento dentro de mí la conciencia de un gran poder que debería gobernar a mi especie, no obedecer. Mi ojo penetra los corazones secretos de los hombres. Veo sus pensamientos antes de que sus labios los proclamen, y desprecio, al verlos, la debilidad y los vicios que nunca compartí. Me río de la locura del guerrero, me burlo en mi alma interior de la tiranía de los reyes. ¡Sin duda hay algo en la naturaleza del hombre más apto para el mando, más digno de renombre, que los tendones del brazo, o la rapidez de los pies, o el accidente del nacimiento!»

Al meditar Morven, el hijo de Osslah, así en su interior, sin dejar de mirar al cielo, este hombre solitario vislumbró un lucero que de repente salía disparado de su lugar y corría por el aire silencioso, hasta detenerse de golpe justo sobre el río de la medianoche y frente al morador del montón de piedras.

Al contemplar el lucero, crecieron en él poco a poco pensamientos extraños. Bebió, por así decirlo, de su aspecto solemne, el espíritu de un gran designio. Una nube oscura que pasaba rauda sobre la tierra le arrebató el lucero de la vista, pero dejó en su mente despierta los pensamientos y el oscuro plan que se le habían ocurrido mientras miraba absorto.

Cuando amaneció, uno de sus hermanos lo substituyó como pastor del rebaño, y se marchó,

pero no a la casa de su padre. Meditabundo, se sumergió en los oscuros y deshojados recovecos del bosque invernal y moldeó a partir de sus pensamientos desbocados, más palpable y claramente, el esbozo de su audaz esperanza. Mientras estaba así absorto, oyó un gran ruido en el bosque, y, temeroso de que la tribu hostil de los Alrich pudiera entrar por allí, subió a uno de los pinos más altos, a cuyo verdor perpetuo el invierno no le había denegado el refugio que buscaba. Oculto por sus ramas, miró con gran ansiedad en la dirección de la que provenía el ruido. Y llegó ÉL, vino pisando con gran fuerza y estrépito, dando pisadas aplastantes sobre las ramas crujientes y las hojas enmarañadas esparcidas por el suelo; llegó, llegó —el monstruo que el mundo ya no alberga, ¡el poderoso mamut del Norte! Movía pausado su enorme fuerza, y sus ojos ardientes brillaban a través de la plomiza sombra. Sus mandíbulas, al abrirse, mostraban los molares con los que rompía en pedazos los robles jóvenes del bosque, y los enormes colmillos, que, curvados hacia abajo hasta la parte central de sus enormes miembros, brillaban blancos y espantosos, helando la sangre del que estaba destinado a ser desde ese momento el más temible gobernante de los hombres de aquella lejana época.

Los ojos lívidos del monstruo se clavaron en la figura del pastor, incluso en medio de la espesa oscuridad del pinar. Se detuvo, lo fulminó con la mirada, sus fauces se abrieron, y el sonido grave y profundo, como el de un trueno que se acerca, le pareció al hijo de Osslah el tañido de una tumba espantosa. Pero después de mirarlo fijamente durante algunos momentos, de nuevo, y con calma, siguió su terrible camino, rompiendo las ramas a medida que avanzaba, hasta que el último sonido de su pesada pisada se extinguió en su oído².

Sin embargo, antes de que Morven se armara de valor para descender del árbol, vio el resplandor de las armas a través de las ramas desnudas del bosque, y de pronto apareció ante sus ojos un pequeño grupo de los hostiles Alrich. Estaba perfectamente oculto, y, escuchándolos al pasar, oyó que uno le decía a otro:

—La noche lo oculta todo. ¿Para qué atacarlos de día?

Y el que parecía el jefe de la banda, respondió:

—De acuerdo. Esta noche, cuando duerman en su ciudad, los atacaremos. ¡Ya lo creo! Estarán empapados en vino, y caerán como ovejas en nuestras manos.

—Pero ¿dónde, ¡oh jefe! —dijo el tercero de la banda—, se esconderán nuestros hombres durante el día? Hay muchos cazadores entre los jóvenes de la tribu de los Oestrich, y podrían vernos en el bosque sin que nos demos cuenta y armar su raza contra nuestra llegada.

—Ya lo he pensado —respondió el jefe—. ¿No queda cerca la oscura caverna de Oderlin? ¿No nos protegerá de los ojos de las víctimas?

Entonces los hombres se echaron a reír y, gritando, se adentraron en el bosque.

Cuando se hubieron marchado, Morven bajó del árbol con cautela y, tomando un ancho sendero, se apresuró a llegar a un valle que se extendía entre el bosque y el río, en el que se encontraba la ciudad donde vivía el jefe de su país. Al pasar junto a los gallardos hombres, gigantes en aquel tiempo, que abarrotaban las calles (si es que se les podía llamar calles), con sus medias prendas colgando de sus enormes miembros, el carcaj a la espalda y la lanza de caza en la mano, se reían y gritaban, y, señalándole, chillaban: «¡Morven, la mujer! ¡Morven el tullido! ¿Qué haces tú entre los hombres?»

² El crítico percibirá que este boceto de la bestia, cuya raza ha perecido, pretende principalmente señalar el remoto período del mundo en el que se desarrolla la historia.

El hijo de Osslah era pequeño de estatura y de escasa fuerza, y cojeaba desde su nacimiento, pero pasó entre los guerreros sin hacer caso. En las afueras de la ciudad llegó a una alta mole en ruinas donde vivían solos algunos ancianos, que aconsejaban al rey en tiempos de peligro, o cuando, al fallar el clima, el hambre o la sequía dejaban perplejo al gobernante y nublaban los frentes salvajes de su tribu guerrera.

Los ancianos daban los consejos de la experiencia y, cuando la experiencia fallaba, sacaban de su crédula ignorancia garantías y presagios sacados de los vientos del cielo, de los cambios de la luna y de los vuelos de las aves errantes. Convencidos de tener poderes superiores, gracias a las voces de los elementos y los diversos misterios, que siempre cambian según cambia la faz de las cosas, sin ser resueltos por el asombro que no cesa, el miedo que cree y ese razonamiento eterno de toda experiencia que asigna causas a los efectos, ayudaban a su ignorancia con las conjeturas de su superstición. En todo caso, ni sus artes ni sus engaños eran practicados con *intención* de engañar. Temblaban demasiado ante los misterios que había creado su fe como para tratar de desmentirlos. Aconsejaban tal como creían, y el audaz sueño de gobernar a sus guerreros y a sus reyes con la sabiduría del engaño nunca había osado atravesar a hombres tan desgastados por la edad y tan encanecidos.

El hijo de Osslah entró en la vasta mole con paso intrépido y se acercó al lugar en el extremo superior de la sala donde los ancianos se sentaban en cónclave.

—¡Cómo, escoria vil y cobarde! —exclamó el mayor, que había sido un notable guerrero en su época—, ¿te atreves a entrar sin ser convocado, en medio de los consejos secretos de los sabios? ¿No sabes, descarriado, que el castigo es la muerte?

—Matadme, si queréis —respondió Morven—, ¡pero escuchadme! Mientras estaba sentado anoche en el palacio en ruinas de nuestros antiguos reyes, cuidando, como mi padre me había ordenado, las ovejas que pastaban alrededor, para que la feroz tribu de los Alrich no descendiera de las montañas sin ser vista y robara el rebaño, se desató oscura tormenta y, cuando cesó la tempestad y miré al cielo, vi un lucero que descendía desde lo alto hacia mí, y su voz dijo: «Hijo de Osslah, deja tu rebaño y busca el consejo de los sabios y diles que te acepten como uno de ellos, o sufrirán su repentina destrucción y la de los suyos». Pero me armé de valor para responder a la voz, y dije: «No te burles del pobre hijo del pastor. Mira que me matarán si pronuncio unas palabras tan temerarias, porque soy pobre e inútil a los ojos de la tribu de los Oestrich, y solo quienes acumulan grandes hazañas y canas se sientan en el consejo de los hombres sabios». Entonces la voz dijo: «Haz lo que te ordeno y te daré una señal de que vienes de los Poderes que controlan las estaciones y navegan sobre las águilas de los vientos. Di a los sabios esta misma noche que si se niegan a recibirte en su grupo, el mal caerá sobre ellos, y el día de mañana amanecerá sangriento». Entonces cesó la voz y la nube pasó sobre el lucero, y me quedé pensativo. Y me presenté, ¡oh, padre temible!, con aflicción ante ti, porque temía que me hirierais a causa de mi atrevida lengua y que me condenarais a muerte, por pedir lo que apenas se puede conceder a los hijos de los reyes.

Entonces los adustos ancianos se miraron unos a otros y se maravillaron, sin saber qué respuesta debían dar al hijo del pastor.

Al fin, uno de los sabios dijo:

—Sin duda debe decir la verdad el hijo de Osslah, porque no se atrevería a dar falso testimonio sobre las grandes luces del Cielo. Si les hubiera atribuido a los hombres las palabras

del lucero, ciertamente podríamos dudar de la verdad. Pero ¿quién provocaría la venganza de los dioses de la noche?

Entonces los ancianos sacudieron la cabeza en señal de aprobación, pero uno respondió y dijo:

—¿Aceptaremos al hijo del pastor como nuestro igual? ¡No!

El nombre del hombre que así respondió era Darvan, y sus palabras agradaron a los ancianos. Pero Morven habló:

—En verdad, ¡oh consejeros de reyes!, no deseo ser igual a vosotros. Basta con que cuide las puertas de vuestro palacio y os sirva como puede servir el hijo de Oslash.

E inclinó humildemente la cabeza mientras hablaba. Entonces dijo el jefe de los ancianos, que era más sabio que los demás:

—¿Y cómo nos librarás del mal que está por venir? Sin duda, el lucero ya te ha informado del servicio que puedes prestarnos si te llevamos a nuestro palacio, así como del mal que caerá sobre nosotros si nos negamos.

Morven respondió con humildad:

—Ciertamente, si aceptáis a vuestro siervo, el lucero os señalará lo que necesite de vosotros, pero hasta ahora solo sabe lo que ha dicho.

Entonces los sabios le ordenaron que se retirara, y debatieron juntos la situación, y discreparon mucho, pero, aunque eran hombres feroces y audaces a la hora de dar gritos de guerra ante un enemigo humano, les estremecía la profecía de una estrella. Así que resolvieron aceptar al hijo de Oslash y permitirle que guardara la puerta de la sala del consejo.

El joven oyó su decreto, inclinó la cabeza, se acercó a la puerta y se sentó junto a ella en silencio.

Y el sol se puso por el oeste, y las primeras estrellas del crepúsculo comenzaron a brillar, cuando Morven se levantó de su asiento y un temblor pareció apoderarse de sus miembros.

Sus labios espumeaban, y el sufrimiento y el miedo se apoderaron de él. Se retorció como un hombre a quien la lanza de un enemigo ha atravesado con una herida mortal, y de repente cayó sobre su rostro en la tierra pedregosa.

Los ancianos se acercaron a él y, asombrados, lo levantaron. Se recuperó lentamente como de un desmayo, con los ojos en blanco en loco giro.

—¿No habéis oído la voz del lucero? —dijo. Y el jefe de los ancianos respondió:

—No, no oímos ningún ruido.

Entonces Morven suspiró profundamente.

—A mí solo me fue dada la palabra. ¡Convocad de inmediato, oh consejeros del rey, a los hombres armados y a todos los jóvenes de la tribu, y que tomen la espada y la lanza, y sigan a vuestro siervo! ¡Ahora mismo! El lucero ha anunciado que el enemigo caerá en nuestras manos como las bestias salvajes de los bosques.

El hijo de Oslash habló con voz de mando, y los ancianos quedaron asombrados.

—¿Por qué os detenéis? —exclamó—. ¿Mienten los dioses de la noche? Sobre mi cabeza caiga el peligro si os engaño.

Entonces los ancianos debatieron qué hacer, y salieron y llamaron a los hombres de armas, y a todos los jóvenes de la tribu, y cada uno tomó la espada y la lanza, y también Morven. Y el hijo de Oslash los guio, siempre mirando al lucero, y les hizo señas para que guardaran silencio, y se movieran con paso sigiloso.

Así fue cómo atravesaron lo más espeso del bosque hasta que llegaron a la boca de una gran cueva, cubierta de árboles viejos y enmarañados, llamada la Cueva de Oberlin. Y ordenó a los jefes que colocaran a los hombres armados a ambos lados de la cueva, a la derecha y a la izquierda, entre los arbustos.

Así velaron en silencio hasta que la noche se hizo más profunda, cuando oyeron un ruido en la cueva y el ruido de pasos, y salió un hombre armado. La lanza de Morven lo

atravesó, y cayó muerto a la entrada de la cueva. ¡Otro y otro, y ambos cayeron! Entonces se oyó alto y largo tiempo el grito de guerra de los Alrich y se derramó, como un arroyo sobre un lecho estrecho, el río de hombres armados. Y los hijos de Oestrich cayeron sobre ellos, y el enemigo quedó muy perplejo y aterrorizado por lo repentino de la batalla y la oscuridad de la noche. Y hubo una gran matanza.

Y cuando llegó la mañana, los hijos de Oestrich contaron los muertos, y encontraron entre ellos al jefe de los Alrich y a los principales hombres de la tribu, y grande fue su gozo. Así que regresaron triunfantes a la ciudad, y cargaron al valiente hijo de Osslah sobre sus hombros, y gritaron:

—¡Gloria al siervo de la estrella!

Y Morven entró en el consejo de los sabios.

Sucedía que el rey de la tribu tenía una hija, y era majestuosa entre las mujeres de la tribu, y hermosa a la vista. Y Morven la miró con los ojos del amor, pero no se atrevió a hablarle.

Ahora bien, el hijo de Osslah se reía en secreto de la insensatez de los hombres. No los amaba porque se habían burlado de él. No los honraba porque él había sabido ofuscar al más sabio de sus ancianos. Evitaba sus fiestas y alegrías y vivía apartado y solitario. La austeridad de su vida acrecentó el misterioso prestigio que le había granjeado su comunión con las estrellas y hasta el más audaz de los guerreros inclinaba la cabeza ante el favorito de los dioses.

Un día paseaba por la orilla del río y vio una gran ave de rapiña que surgía de las aguas y perseguía a un halcón joven que aún no había adquirido toda la fuerza de sus alas. Desde su juventud, al solitario Morven le había gustado observar, en los grandes bosques y a orillas del caudaloso arroyo, los hábitos de las cosas que la naturaleza ha sometido al hombre. Y contemplando a los pájaros, se dijo: «Así es

siempre, sea con astucia o a la fuerza, cada cosa desea dominar su especie». Mientras moralizaba de esta guisa, el pájaro mayor había derribado al halcón, y éste cayó aterrorizado y jadeante a sus pies. Morven tomó el halcón en sus manos y el buitre chilló sobrevolándolo, acercándose cada vez más a su protegida presa, pero Morven lo ahuyentó y, colocando el halcón en su seno, lo llevó a su casa, lo cuidó con esmero y lo alimentó de su mano hasta que recobró sus fuerzas. Y el halcón lo reconocía y lo seguía como a un perro. Y Morven dijo, sonriendo para sus adentros: «Pues mira, los tontos crédulos que me rodean confían en el vuelo y el movimiento de los pájaros. Enseñaré a este pobre halcón a servir mis fines». Así que domó al pájaro y lo amaestró según su naturaleza, si bien lo ocultó celosamente de los demás, y lo guardaba en secreto.

El rey del país era viejo y llevaba trazas de morirse, y los ojos de la tribu se volvieron hacia sus dos hijos, sin que supieran cuál era el más digno de reinar. Y Morven, al pasar por el bosque una noche, vio al más joven de los dos, que era un gran cazador, sentado tristemente bajo un roble y mirando con ojos meditabundos el suelo.

—¿Por qué estás pensativo, oh Siror el de los pies ligeros? —dijo el hijo de Osslah—. ¿Y por qué estás triste?

—No puedes ayudarme —respondió el príncipe con severidad—. Sigue tu camino.

—No —respondió Morven—, no sabes lo que dices. ¿No soy yo el favorito de las estrellas?

—Márchate, no soy un hombre de barba gris a quien la proximidad de la muerte haga chochar; no me hables de estrellas. Solo sé las cosas que mi ojo ve y mi oído absorbe.

—Silencio —dijo Morven, solemnemente y cubriéndose el rostro—, silencio, no sea que los cielos venguen tu temeridad. Mas he aquí que las estrellas me han dado poder para penetrar

los corazones secretos de los otros y puedo decirte qué pensamientos ocultas.

—¡Habla, hombre de baja cuna!

—Eres el menor de dos hermanos y tu nombre es menos conocido en la guerra que el nombre de tu hermano, ¿y aun así desearías pasar sobre su cabeza y sentarte en el alto trono de tu padre?

El joven palideció.

—Tienes la verdad en tus labios —dijo con voz vacilante.

—No de mí, sino de las estrellas, desciende la verdad.

—¿Pueden las estrellas conceder mi deseo?

—Pueden. Nos vemos mañana.

Diciendo esto, Morven se internó en el bosque. Al día siguiente, al mediodía, se volvieron a encontrar.

—He consultado a los dioses de la noche y me han dado el poder por el que oraba, pero con una condición.

—Díla.

—Que sacrifiques a tu hermana en sus altares. Debes apilar un montón de piedras, y llevar a tu hermana al bosque, y ponerla sobre la pila, y hundir tu espada en su corazón. Solo así reinarás.

El príncipe se estremeció, se puso en pie y agitó su lanza contra la pálida frente de Morven.

—Tiembla —dijo el hijo de Oslash en voz alta—. ¡Escucha a los dioses que te amenazan de muerte, porque te has atrevido a levantar tu brazo contra su siervo!

Mientras hablaba, el trueno restalló en lo alto porque una de las frecuentes tormentas de principios de verano estaba a punto de estallar. La lanza cayó de la mano del príncipe, se sentó y clavó los ojos en el suelo.

—¿Vas a cumplir las órdenes de las estrellas y reinar? —dijo Morven.

—¡Lo haré! —exclamó Siror con voz desesperada.

—Esta tarde, pues, cuando se ponga el sol, la traerás aquí, a solas. No podré prestarte ayuda. Pero vamos a apilar las piedras.

En silencio, el cazador aplicó su gran fuerza a los fragmentos de roca que Morven le señaló, y construyeron el altar y siguieron su camino.

Y hermoso es el morir del gran sol, cuando el último canto de los pájaros se desvanece en el regazo del silencio, cuando las islas de nubes se bañan de luz, y la primera estrella brota sobre el sepulcro del día.

—¿Adónde encaminas mis pasos, hermano mío? —dijo Orna—. ¿Y por qué te tiembla el labio? ¿Y por qué apartas tu rostro?

—¿No es hermoso el bosque? ¿No te incita a seguir, hermana mía?

—¿Y por qué están apilados esos montones de piedras?

—Que respondan otros, yo no los apilé.

—Tiemblas, hermano: volvamos.

—No tiemblo. Junto a estas piedras hay un pájaro que hoy ha atravesado mi lanza, un pájaro de hermoso plumaje que he matado por ti.

—Ya estamos junto a las piedras, ¿dónde has puesto el pájaro?

—¡Aquí! —exclamó Siror. Y tomando a la doncella en sus brazos y arrojándola sobre el tosco altar, sacó su espada para atravesarle el corazón.

Justo sobre las piedras se alzaba un roble gigante, producto de siglos inmemoriales, y desde la encina, o desde los cielos, brotó una voz fuerte y solemne: «¡No hieras, hijo de reyes! Las estrellas son pacientes con los suyos. No matarás a la doncella, pero sí reinarás sobre la raza de los Oestrich y darás a Orna por esposa al favorito de las estrellas. ¡Levántate y vete!».

La voz cesó; el terror de Orna había dominado por un tiempo las fuentes de su vida y Siror la llevó inconsciente a su casa cruzando el bosque en sus fuertes brazos.

—¡Ay! —exclamó Morven cuando, al día siguiente, se encontró de nuevo con el príncipe pretendiente al trono—. ¡Ay! las estrellas me han ordenado muchas cosas que mi corazón no desea, porque yo, solo en la vida y tullido, soy insensible a los fuegos del amor. Y siempre, como tú y tu tribu sabéis, he rehuido los ojos de las mujeres, porque las doncellas se reían de mis pasos vacilantes y de mis facciones hoscas. Y así, en mi juventud, aprendí a desterrar todo pensamiento de amor. Pero ya que me dijeron (como te lo declararon a *ti*) que solo a través de ese matrimonio, tú, ¡oh príncipe amado! puedes obtener la corona de plumas de tu padre, me entrego a su voluntad.

—Pero —dijo el príncipe—, hasta que no sea rey no podré darte a mi hermana en matrimonio, porque tú sabes que mi padre me aplastaría hasta hacerme polvo si le pidiera que diera la flor de nuestra raza al hijo del pastor Oslash.

—Tus palabras son ciertas. Vete a casa y no temas, pero, cuando tú seas rey, el sacrificio deberá hacerse y Orna ser mía. ¡Ay! ¡Cómo puedo atreverme a alzar mi mirada hacia ella! ¡Pero así lo ordenan los temibles reyes de la noche...! ¿Quién contradirá su palabra?

—El día que me vea rey, verás a Orna ser tuya —respondió el príncipe.

Morven siguió su camino, a solas como era su costumbre y se dijo: «El rey es viejo, pero ¡aún podría vivir mucho tiempo interponiéndose entre mí y mi esperanza!», y comenzó a pensar en cómo podría acortar ese tiempo. Así absorto vagó con tanta despreocupación que avanzó la noche, y extravió su camino entre los espesos bosques y no sabía cómo regresar a su casa, así que se acostó tranquilamente debajo de un árbol y descansó hasta que amaneció. Entonces el hambre se apoderó de él y buscó entre los arbustos raíces tan sencillas como aquellas con las que, como siempre se despreocupaba de la

comida, acostumbraba a apaciguar los apetitos de la naturaleza.

Encontró, entre otras hierbas y raíces más conocidas, una baya roja de un sabor dulzón que nunca había observado. Comió algunas con moderación y, apenas había avanzado en el bosque cuando descubrió que sus ojos se nublaban y un malestar mortal se apoderaba de él. Durante varias horas permaneció convulsionado en el suelo, esperando la muerte. Con todo, la demacrada exigüidad de su complexión y su invariable abstinencia prevalecieron sobre el veneno, y se recuperó lentamente y después de una gran angustia. Volvió con pasos débiles al lugar donde crecían las bayas y, arrancando varias, las escondió en su seno y al anochecer volvió a la ciudad.

Al día siguiente se mezcló entre el ganado de su padre y, agarrando un cordero, le introdujo algunas de las bayas en el estómago y el cordero, mientras escapaba corriendo, cayó muerto. Entonces Morven tomó algunas bayas más, las hirvió, mezcló el jugo con vino, y se lo dio en secreto a uno de los sirvientes de su padre, y el sirviente murió.

Entonces Morven buscó al rey y, a solas, le preguntó:

—¿Cómo está mi señor?

El rey, sentado en un lecho de pieles de lobo, tenía los ojos vidriosos y borrosos. Pero aún eran grandes sus envejecidas extremidades y grande era su estatura; les había llegado a sacar una cabeza a todos los hijos de los hombres y nadie vivo podía doblar el arco que él solía doblar en la juventud. Gris, demacrado y gastado, como algunos huesos poderosos que a veces se extraen del seno de la tierra, era una reliquia de la fuerza de los antiguos.

Y el rey dijo débilmente y con una risa espantosa:

—A los hombres de mi edad les va mal. ¿De qué me sirven mis fuerzas? Mejor si hubiera

nacido lisiado como tú, así no habría tenido nada que lamentar al envejecer.

Un rubor rojizo cubrió la faz de Morven, pero él se inclinó con humildad.

—¡Oh rey!, ¿y si pudiera devolverte tu juventud? ¿Y si pudiera devolverte el vigor que te distinguió por encima de los hijos de los hombres, cuando los guerreros de Alrich cayeron como hierba ante tu espada?

Entonces el rey alzó sus ojos apagados y dijo:

—¿Qué quieres decir, hijo de Osslah? Oigo muchas cosas sobre tu gran sabiduría, y cómo hablas todas las noches con las estrellas. ¿Pueden los dioses de la noche darte el secreto para hacer jóvenes a los viejos?

—No los tientes con la duda —dijo Morven con reverencia—. Todas las cosas son posibles para los gobernantes de la hora oscura. Mira que el lucero que ama a tu siervo le habló en la oscuridad de la noche y le dijo: «Levántate y visita al rey, y dile que las estrellas honran a la tribu de los Oestrich y recuerdan cómo el rey tensó su arco contra los hijos de Alrich. Por tanto, mira debajo de la piedra a la derecha de tu morada, junto al pino, y verás una vasija de barro, y en la vasija encontrarás un líquido dulce que hará que el rey tu señor olvide su edad para siempre». Por consiguiente, señor mío, cuando amaneció, salí y miré debajo de la piedra, y esta es la vasija de barro que he traído a mi señor rey.

—¡Rápido, esclavo, rápido!, ¡que pueda beber ya y recuperar mi juventud!

—No, escuchad, oh rey, lo que me dijo además la estrella: «Es solo por la noche, cuando las estrellas tienen poder, que su don servirá. Por lo tanto, el rey debe esperar hasta el silencio de la medianoche, cuando la luna está alta, y entonces podrá mezclar el líquido con su vino. Y no deberá revelar a nadie que ha recibido el don de la mano del siervo de las estrellas. Porque ELLAS hacen su trabajo

en secreto, y cuando los hombres duermen; por consiguiente, no aman el murmullo de las bocas, y el que revela sus beneficios ciertamente morirá».

—No temas —dijo el rey, agarrando la vasija—. Nadie lo sabrá, y mira que mañana me levantaré y, en cuanto a mis dos hijos, que luchan por mi corona, ¡en verdad seré más joven que ellos!

Entonces el rey se echó a reír a carcajadas y apenas dio las gracias al siervo de las estrellas, ni le prometió recompensa alguna porque los reyes en aquellos días pensaban poco en los demás.

Y Morven le dijo:

—¿No atenderé a mi señor?, porque sin mí la droga quizá podría dejar de surtir efecto.

—Sí —dijo el rey—, duerme aquí.

—No —replicó Morven—. Vuestros siervos se maravillarán y hablarán mucho si ven al hijo de Osslah pasando la noche en vuestro palacio. Así se incurriría acaso en el desagrado de los dioses de la noche. Permitidme desatracar la puerta trasera del palacio para que, en la hora de la noche cuando la luna está a mitad de camino en el cielo, pueda entrar en vuestro aposento sin ser visto y mezclar el líquido con vuestro vino.

—Que así sea —dijo el rey—. Eres sabio, aunque tus miembros sean deformes y rudos. Y las estrellas podrían haber elegido a un hombre más alto.

Entonces el rey volvió a reírse, y Morven también se rio, pero había peligro en la alegría del hijo de Osslah.

La noche había comenzado a declinar, y los habitantes de Oestrich estaban sumidos en un profundo sueño, cuando, escuchad, se oyó una voz aguda que gritaba en las calles:

—¡Ay, ay! ¡Despertad, hijos de Oestrich! ¡Ay!

Entonces, fieros, demudados, alarmados, lanza en mano, se precipitaron los gigantes hijos de la robusta tribu y vieron a un hombre en un

alto en medio de la ciudad que gritaba «¡ay!», y era Morven, el hijo de Osslah. Y les dijo, mientras se reunían a su alrededor:

—Varones y guerreros, temblad al escuchar. El lucero del oeste me ha hablado, y me ha dicho: «El mal caerá sobre la casa real de Oestrich, sí, antes del amanecer. Por tanto, sal llorando a las calle, y despierta a los habitantes para que se aflijan». Así que me levanté y cumplí la voluntad de la estrella.

Y mientras Morven aún hablaba, un criado de la casa del rey corrió hacia la multitud, gritando en voz alta: «¡El rey ha muerto!» Así que entraron en el palacio y encontraron al rey en su lecho, con sus enormes miembros encogidos e impedidos por los dolores de la muerte, y sus manos apretadas como si amenazaran a un enemigo, ¡al enemigo de toda carne viviente! Entonces el miedo se apoderó de los espectadores y miraron a Morven con un temor más profundo del que el guerrero más audaz jamás habría provocado. Y lo llevaron de vuelta a la sala del consejo de los sabios, gimiendo y entrechocando sus armas en señal de dolor, y gritando de vez en cuando: «¡Honra al profeta Morven!» Y esa fue la primera vez que la palabra *profeta* fue usada en esas tierras.

Al mediodía, al tercer día tras la muerte del rey, Siror buscó a Morven y le dijo:

—Mira que mi padre ya no vive y el pueblo se reúne esta tarde al atardecer para elegir a su sucesor, y los guerreros y los jóvenes seguramente elegirán a mi hermano, porque es más famoso en la guerra. No me falles, pues.

—¡Tranquilo, mozo! —dijo Morven con severidad—. Ni te atrevas a cuestionar la verdad de los dioses de la noche.

Porque Morven comenzó a presumir de su poder entre el pueblo y a hablar como hablan los gobernantes, incluso a los hijos de los reyes. Y su voz hizo callar al fogoso Siror, sin que este se atreviera a responder.

—Mira —dijo Morven, tomando un tocado de penachos de colores—, ponte esto en la cabeza y que tu cara no muestre dolor, porque al pueblo le gusta un ánimo esperanzado, y baja con tu hermano al lugar donde se elegirá al nuevo rey y deja el resto a las estrellas. Pero, sobre todo, no te olvides del tocado, ha sido bendecido por los dioses de la noche.

El príncipe tomó el tocado y regresó a su casa.

Era de noche y los guerreros y jefes de la tribu estaban reunidos en el lugar donde se iba a elegir al nuevo rey. Y las voces de la mayoría favorecieron al príncipe Voltoch, hermano de Siror, porque había matado a doce enemigos con su lanza y, en verdad, esa era una gran virtud en un rey en aquellos días.

De repente se oyó un grito en las calles, y la gente gritó:

—¡Abrid paso al profeta Morven, el profeta!

Porque el pueblo respetaba al hijo de Osslah aún más que a los jefes. Desde que se había hecho famoso, Morven había asumido un aire majestuoso que el hijo del pastor no conocía en sus primeros días y, aunque su estatura era baja y sus miembros deformes, su semblante era grave y altivo. Era el único de la tribu cuya vestidura barría el suelo, y su cabeza estaba descubierta y su largo cabello negro descendía hasta su cinturón, y rara vez se veía mutar su gesto o una pasión humana en su aspecto tranquilo. No era dado a festejos, ni bebía vino, ni su presencia era frecuente en las calles. No reía, ni sonreía, salvo cuando estaba solo en el bosque, y entonces se mofaba de las necesidades de su tribu.

Así que caminó lentamente a través de la multitud, sin torcer ni a la izquierda ni a la derecha, mientras la multitud le cedía el paso, y apoyaba sus pisadas en un cayado de pino nudoso.

Y cuando llegó al lugar donde se habían reunido los jefes, con los dos príncipes en el centro, ordenó a la gente que lo rodeaba que se hiciera el silencio. Luego, subiendo sobre un enorme trozo de roca, habló así a la multitud:

—¡Príncipes, guerreros y bardos! ¡Oh, consejo de los sabios! ¡Y vosotros, cazadores de los bosques y pescadores de los peces de los arroyos! Escuchad a Morven, el hijo de Osslah. Sabéis que soy de humilde raza y débil de miembros, pero ¿no entregué en vuestras manos a la tribu de los Alrich, y no los matasteis en la oscuridad de la noche en una gran matanza? Seguro que ya sabéis que esto no lo hizo él mismo, ¡seguro que no era más que el agente de los brillantes dioses que aman a los hijos de Oestrich! Hace tres noches, cuando la tierra dormía, ¿no se oyó mi voz en las calles? ¿Acaso no proclamé el infortunio de la casa real de Oestrich? Y en verdad, el brazo tenebroso había caído sobre el seno del poderoso, que ya no existe. ¿Podría haber soñado todo esto meramente en un sueño, o era yo la voz de los dioses brillantes que observan a la tribu de los Oestrich? Por tanto, ¡oh hombres y jefes!, no despreciéis al hijo de Osslah, sino escuchad sus palabras, porque, ¿acaso no son la sabiduría de las estrellas? Sabed que anoche me senté solo en el valle, y los árboles quedaron mudos, y no se oía ni un suspiro. Y miré al lucero que aconseja al hijo de Osslah, y le dije: «Temible conquistador de la nube, tú que bañas tu hermosura en los arroyos y traspasas las ramas de los pinos con tu presencia, he aquí a tu siervo apenado porque el poderoso ha muerto y muchos enemigos rodean las casas de mis hermanos, y es bueno que tengan un rey valiente y próspero en la guerra, amado de las estrellas. Por tanto, ¡oh lucero! así como entregaste en nuestras manos a los guerreros de Alrich, y nos advertiste de la caída del roble de nuestra tribu te ruego que des al pueblo una señal para que elijan al rey a quien

los dioses de la noche prefieran». Entonces una voz baja, más dulce que la música del bardo, se deslizó por el silencio. «Las estrellas de la noche agradecen tu amor por tu raza; ve, pues, hijo de Osslah, a la reunión de los jefes y del pueblo para elegir un rey y diles que no te desprecien porque eres lento en la caza y con poco renombre en la guerra, porque las estrellas te dan sabiduría como recompensa por todo. Di al pueblo que, así como los sabios del consejo moldean sus lecciones según el vuelo de los pájaros, así también por el vuelo de los pájaros se les dará una señal y elegirán a sus reyes. Porque», dijo el lucero nocturno, «los pájaros son los hijos de los vientos, van y vienen a lo largo del océano del aire, y visitan las nubes que son las naves de guerra de los dioses, y su música no es más que las melodías entrecortadas que recogen de las arpas de arriba. ¿No son ellos los mensajeros de la tormenta? Antes de que el arroyo golpee las riberas y caiga la lluvia, ¿no sabéis, por el gemido de los pájaros y su vuelo en bajos círculos sobre la tierra, que la tempestad está cerca? Por tanto, sabiamente consideraréis que los hijos del aire son los intérpretes adecuados entre los hijos de los hombres y los señores del mundo de arriba. Di, pues, al pueblo y a los jefes que tomen una paloma blanca de entre las palomas que construyen sus nidos en la azotea del palacio, y que la suelten en el aire, y los dioses de la noche considerarán en verdad que la paloma es una plegaria procedente del pueblo. Y enviarán un mensajero para que cumpla la plegaria y conceda a las tribus de Oestrich un rey digno de ellos». Y, con esto, el lucero guardó silencio.

Entonces los amigos de Voltoch murmuraron entre sí y dijeron:

—¿Nos dictará este hombre quién será el rey?

Pero el pueblo y los guerreros clamaron:

—¡Escuchad al lucero! ¿No damos o negamos la batalla según como vuela el pájaro?

¿No deberíamos escoger del mismo modo a quien debe dirigir la batalla?

Y la propuesta les pareció natural, porque se ajustaba a la costumbre de la tribu. Entonces tomaron una de las palomas que tenía su nido en el techo del palacio y la llevaron al lugar donde estaba Morven, y él, mirando hacia las estrellas y murmurando para sus adentros, soltó el pájaro.

Había un bosquecillo de árboles a poca distancia del lugar y, mientras la paloma ascendía, un halcón se alzó de repente de entre los árboles y persiguió a la paloma, y la paloma estaba aterrada, y voló en círculos muy por encima de la multitud, cuando he aquí que el halcón, deteniéndose un momento sobre sus alas, se abalanzó con un súbito salto y, abandonando su presa, se posó en la cabeza emplumada de Siror.

—¡He aquí! —exclamó Morven en voz alta—, ¡he aquí a vuestro rey!

—¡Salve, viva el rey! —gritó el pueblo—. ¡Que todos aclamen al elegido de las estrellas!

Entonces Morven levantó su mano derecha y el halcón dejó al príncipe y se posó en el hombro de Morven.

—¡Pájaro de los dioses! —dijo él con reverencia—, ¿no tienes un mensaje secreto para mis oídos?

Entonces el halcón acercó su pico al oído de Morven, y Morven inclinó la cabeza sumisamente, y el halcón descansó con Morven desde ese momento y no se dejaba ahuyentar. Y Morven dijo:

—Las estrellas me han enviado este pájaro, para que durante el día, cuando no las vea, nunca suframos por faltarnos un consejero.

Así fue como Siror fue proclamado rey y Morven, hijo de Osslah, se vio obligado por la voluntad del rey a tomar a Orna por esposa, y el pueblo y los jefes honraron al profeta Morven más que a todos los ancianos de la tribu.

Un día, Morven se dijo, meditabundo: «¿No soy ya igual al rey?, es más, ¿no es el rey mi siervo? ¿No lo coloqué por encima de las cabezas de sus hermanos? ¿No soy, pues, yo más apto para reinar que él? ¿No he de expulsarlo de su trono? Es un oficio molesto y tormentoso reinar sobre los hombres rudos de Oestrich, festejar en el salón abarrotado de banquetes y guiar a los guerreros a la refriega. Si no festejara ni fuera a la guerra, podrían decir: “Este no tiene nada de rey, sino que es el tullido Morven”, y alguien de la estirpe de Siror podría matarme en secreto. Pero ¿no puedo yo ser más grande que los reyes y seguir eligiéndolos y gobernándolos, viviendo como ahora a mi gusto? En verdad, las estrellas me darán un nuevo palacio y muchos súbditos».

Entre los sabios se contaba Darvan y Morven lo temía porque sus ojos seguían a menudo los movimientos del hijo de Osslah.

Y Morven dijo: «Sería mejor *confiar* en este hombre que *ofuscarlo*, porque necesito un compañero que me ayude y un amigo». Entonces le dijo al hombre sabio que estaba sentado a solas mirando el sol poniente:

—Me parece, ¡oh Darvan! que debemos construir un gran edificio en honor de las estrellas y debe ser más glorioso que todos los palacios de los jefes y que el palacio del rey. Porque, ¿no son los luceros nuestros amos? Y tú y yo seríamos los habitantes principales de este nuevo palacio, y serviríamos a los dioses de la noche y engordaríamos sus altares con lo mejor del rebaño y lo más fresco de los frutos de la tierra.

Y Darvan dijo:

—Hablas como corresponde al siervo de las estrellas. Pero ¿ayudará la gente a construir el edificio? Porque son una raza guerrera y no aman el trabajo.

Y Morven respondió

—Sin duda las estrellas ordenarán que se haga la obra. No temáis.

—En verdad eres un hombre maravilloso. Tus palabras siempre se cumplen —respondió Darvan—. Y ojalá me enseñaras, amigo, el lenguaje de las estrellas.

—Por supuesto, si me sirves, lo aprenderás— respondió el soberbio Morven, y Darvan se sintió en secreto furioso porque el hijo del pastor exigiera el servicio de un anciano y además jefe.

Y cuando Morven regresó junto a su esposa, la encontró llorando a lágrima viva. Ella amaba al hijo de Osslah con un amor extremo, porque no era salvaje ni feroz como los hombres que había conocido y estaba orgullosa de su fama entre la tribu. Y tomándola en sus brazos, la besó y le preguntó por qué lloraba. Entonces ella le contó que su hermano el rey la había visitado y le había dicho amargas palabras sobre Morven: «Me quita el cariño de mi pueblo», dijo Siror, «y los ofusca con mentiras. Y ya que me ha hecho rey, ¿podría quitarme el reino? Una nueva historia sobre las estrellas podría en verdad anular la anterior». Y el rey le había ordenado que vigilara en secreto a Morven, y que viera qué había de cierto cuando se jactaba de su comunicación con los poderes de la noche.

Pero Orna amaba a Morven aún más que a Siror, por lo que se lo contó todo a su marido.

Y Morven se ofendió por la ingratitud del rey y se preocupó, porque un rey es un enemigo poderoso, pero consoló a Orna y le ordenó que disimulara y que también se quejara de él a su hermano para que le confiase sin sospechar lo que pudiera planear contra Morven.

Había una cueva cerca de la casa de Morven en la que guardaba el halcón sagrado, y en la que entrenaba y alimentaba en secreto a otras aves para futuras necesidades, y la puerta de la cueva estaba siempre cerrada a cal y canto. Y un día estaba así ocupado cuando vio una grieta

en la pared que nunca antes había notado, y el sol entró juguetón. Y al mirar, percibió que el rayo del sol se había oscurecido y de pronto vio un rostro humano que se asomaba a través de la rendija. Y Morven tembló, porque sabía que lo habían observado. Salió corriendo apresuradamente de la cueva, pero el espía ya había desaparecido entre los árboles. Morven fue derecho a la estancia de Darvan y se sentó. Y Darvan no volvió a casa hasta tarde y se sobresaltó y palideció cuando vio a Morven. Pero Morven lo saludó como a un hermano y lo invitó a una fiesta que, por primera vez, se propuso ofrecer, cuando fuera luna llena, en honor de los astros. Y saliendo de la estancia de Darvan, volvió junto a su esposa y le ordenó que se mesara los cabellos y que al amanecer fuera a ver al rey su hermano y se quejara amargamente del trato que le daba Morven, y que arrancara los negros planes del pecho del rey.

—Porque, sin duda —dijo—, Darvan ha mentido a tu hermano y me espera algún mal que me gustaría saber.

Así fue como, a la mañana siguiente, Orna buscó al rey y le dijo:

—El hijo del pastor me ha insultado y me ha hablado con palabras duras, ¿no seré vengada?

Entonces el rey pisó firme el suelo y blandió su fuerte espada.

—Claro que serás vengada, porque he sabido por uno de los ancianos algo que me convence de que este hombre ha mentido al pueblo y el muy vil morirá. Sí, en cuanto vaya solo al bosque, mi hermano y yo caeremos sobre él y lo mataremos a golpes.

Y con este consuelo, Siror hizo marchar a Orna.

Y Orna se arrojó a los pies de su marido.

—Huye ahora, ¡oh amado mío!, vuela a los bosques lejos de mis hermanos o sin duda la espada de Siror acabará con tu vida.

Entonces el hijo de Osslah se cruzó de brazos y parecía sumido en negros pensamientos. Tampoco escuchaba la voz de Orna, hasta que una y otra vez ella le imploró que huyera.

—¿Huir? —dijo al fin—. No, estaba dudando qué castigo deberían derramar las estrellas sobre nuestro enemigo. Que huyan los guerreros. Morven, el profeta, vence con armas más poderosas que la espada.

Sin embargo, Morven estaba perplejo y no sabía cómo salvarse de la venganza del rey. Mientras meditaba a la desesperada, oyó el rugido de las aguas. Y era que el río, porque ya era el final del otoño, se había desbordado y corría a lo largo del valle hacia las casas de la ciudad. Y entonces los hombres de la tribu, las mujeres y los niños corrieron dando alaridos a la casa de Morven, chillando: «¡He aquí que el río se ha desbordado sobre nosotros! ¡Sálvanos, oh gobernante de las estrellas!»

Entonces, una súbita idea se apoderó de Morven y resolvió arriesgar su suerte en un plan desesperado. Y salió de la casa, tranquilo y triste, y dijo:

—No sabéis lo que pedís. Yo no puedo salvaros de este peligro, porque vosotros mismos sois la causa.

Y ellos exclamaron:

—¿Cómo? ¡Oh, hijo de Osslah! Ignoramos qué crimen hemos cometido.

Y él respondió:

—Id al palacio del rey y esperad delante y os seguiré, y sabréis por qué habéis incurrido en este castigo de los dioses.

Entonces la muchedumbre se retiró, como un mar que se aleja, y, cuando se hubo ido, Morven se fue solo a la casa de Darvan, que estaba junto a la suya. Y Darvan estaba aterrizado, porque era de edad avanzada y no tenía hijos, ni amigos, y temía no poder escapar de las aguas sin ayuda.

Y Morven le dijo, calmándolo:

—Mira que la gente me ama, y yo me encargaré de que te salves, porque en verdad has sido mi amigo y me has servido bien ante el rey.

Y mientras hablaba así, Morven abrió la puerta de la casa y miró al exterior y vio que estaban completamente solos. Entonces agarró al anciano por el cuello y no cesó de apretar hasta que estuvo bien muerto y, dejando su cuerpo en el suelo, Morven se escabulló de la casa y cerró la puerta. Y mientras se dirigía a su cueva, meditó un rato, cuando, oyendo el potente rugido de las olas que avanzaban y a lo lejos los gritos de las mujeres, alzó la cabeza y se dijo con orgullo: «No, en esta hora solo el terror será mi esclavo, no usaré otro arte que el poder de mi alma». Cerró la puerta y, apoyándose en su cayado de pino, fue a grandes zancadas hacia el palacio. Y ya era de noche y muchos de los hombres llevaban antorchas, para poder ver los rostros de los demás entre el miedo general. Centelleaban las rojas llamas temblorosas sobre la túnica oscura y la faz pálida de Morven. Parecía más fuerte que los demás, porque solo su rostro estaba tranquilo en medio del tumulto. Y el rugido de las aguas se hizo más fuerte y más ronco, y raudas se precipitaron las sombras de la noche sobre la marea que se precipitaba.

Y Morven dijo con voz severa:

—¿Dónde está el rey? ¿Y por qué está ausente de su pueblo en la hora del pavor?

Entonces se abrió la puerta del palacio y se pudo ver a Siror sentado en el salón, junto a la gran hoguera de pino, con su hermano al lado y los jefes alrededor, ya que no se dignarían a presentarse ante la multitud solo porque lo hubiera pedido el hijo del pastor.

Entonces Morven, de pie sobre una roca elevada por encima de las cabezas del pueblo (la misma roca sobre la que había proclamado al rey), habló así:

—Deseabais saber, ¡oh, hijos de Oestrich!, por qué razón el río ha reventado sus márgenes y el peligro se cierne sobre vosotros. Sabed, pues, que las estrellas odian como el más repugnante de los crímenes humanos que se insulte a sus sirvientes y delegados de aquí abajo. ¡Todos vosotros sabéis cómo vive Morven, a quien habéis apodado el Profeta! No daña a hombre ni a bestia, vive solo y, alejado de las alegrías vulgares de la tribu guerrera, adora con temor y temor a los Poderes de la Noche. Así puede advertiros del peligro que se avecina, así puede salvaros del enemigo. Así vuestros cazadores son veloces y vuestros guerreros audaces, así vuestro ganado da a luz sus crías, y la tierra sus frutos. ¿Qué pensáis y qué pedís oír? ¡Escuchad, hombres de Oestrich!, han tendido trampas para matarme y hay entre vosotros quienes han afilado la espada contra el seno que solo está lleno de amor por todos vosotros. Por tanto, los severos señores del cielo han liberado al río de sus cadenas, por eso os amenaza este mal. Y no pasará hasta que los que cavaron la fosa para el siervo de las estrellas sean sepultados en ella.

A la luz de las antorchas rojas, los rostros de los hombres parecían feroces y amenazadores y diez mil voces gritaron:

—Nombra a los que conspiraron contra tu vida, ¡oh, santo profeta!, y serán despedazados miembro por miembro.

Y Morven se apartó y vieron que lloraba con amargura. Y dijo:

—Me habéis preguntado y yo he respondido, pero os va a costar creer que haya provocado a semejante enemigo. Y juro por los mismos cielos que, si mi muerte satisficiera su furor y no atrajera sobre vosotros y sobre los hijos de vuestros hijos la ira de las estrellas entronizadas, de buena gana entregaría mi pecho al cuchillo. Sí —exclamó, alzando la voz y señalando con su brazo sombrío el salón donde el rey estaba sentado junto a la hoguera

de pino—, sí, tú a quien con mi voz las estrellas eligieron por encima de tu hermano. ¡Sí, Siror, el culpable! Toma tu espada y ven aquí. ¡Ataca, si tienes el corazón para hacerlo, al Profeta de los Dioses!

El rey se puso en pie y la multitud se sumió en un silencio estremecedor. Morven prosiguió:

—Sabed, pues, ¡oh hombres de Oestrich!, que Siror y su hermano Voltoch, y Darvan, el mayor de los sabios, se han propuesto matar a vuestro profeta, a la hora cuando solo busca la sombra del bosque para idear nuevos beneficios para vosotros. ¡Que el rey lo niegue si puede!

Entonces Voltoch, el de los miembros gigantes, salió de la sala y su lanza tembló en su mano.

—Has hablado bien, vil hijo del pastor de mi padre, y por tus pecados ciertamente morirás porque mientes cuando hablas de tu poder ante las estrellas y te ríes de la necedad de los que te oyen, por lo cual te daremos muerte.

Entonces los jefes reunidos en la sala entrechocaron sus armas y se apresuraron a matar al hijo de Oslash. Pero él, extendiendo sus manos desarmadas en alto, exclamó:

—¡Escuchadlo, oh seres temibles de la noche! ¡Escuchad cómo blasfema!

Entonces la multitud tomó la palabra y gritó:

—¡Blasfemia! ¡Blasfemia contra el profeta!

Pero el rey y los jefes, que odiaban a Morven por su poder sobre el pueblo, se precipitaron contra la multitud. Y la muchedumbre estaba indecisa y no sabía cómo actuar porque nunca antes se habían rebelado contra sus jefes y temían por igual al profeta y al rey. Y Siror exclamó:

—Llamad a Darvan, porque él ha vigilado los pasos de Morven, y levantará el velo que ciega los ojos de mi pueblo.

Entonces tres de los más veloces se pusieron en camino hacia la casa de Darvan. Y Morven exclamó dando voces:

—¡Escuchad! Dijo el lucero que, cabalgando a través de aquella nube, irrumpe ante mis ojos: «Por la mentira que el anciano ha dicho contra mi siervo la maldición de las estrellas caerá sobre él». ¡Buscad y, en cuanto lo encontréis, encontraréis a los enemigos de Morven y de los dioses!

Un escalofrío y un miedo helado se apoderaron de la multitud y hasta las mejillas de Siror palidieron. Y Morven, erguido y a oscuras por encima de las antorchas ondeantes, permanecía inmóvil con los brazos cruzados. Y se oyeron de lejos los raudos corceles de guerra de la ola que llegaba. La gente los oyó marchar hacia su tierra, agitando sus blancas crines al viento rugiente.

—Mirad, mientras escucháis —dijo Morven con calma—, el río sigue avanzando. Apresuraos porque los dioses reclaman una víctima, sea vuestro profeta o vuestro rey.

—¡Esclavo! —gritó Siror, y su lanza abandonó su mano, y corrió silbando muy por encima de las cabezas de la multitud hacia la oscura figura de Morven, y rajó el tronco del roble tras él. Entonces el pueblo, enfurecido por el peligro que corría su amado vidente, lanzó un grito salvaje y lo rodeó blandiendo sus espadas, de cara a sus jefes y a su rey. Pero en ese instante, antes de que estallara la guerra entre los miembros de la tribu, los tres guerreros regresaron. Cargaban a Darvan sobre los hombros, lo pusieron a los pies del rey y dijeron temblando:

—Así encontramos al anciano en el centro de su propia sala.

Y la gente vio que Darvan era ya cadáver y que así se había verificado la predicción de Morven.

—¡Así parecen los enemigos de Morven y de las estrellas! —exclamó el hijo de Oslash.

Y el pueblo se hizo eco del grito. Entonces la furia de Siror llegó a su apogeo, y agitando su espada sobre su cabeza, se lanzó a la multitud:

—¡Tu sangre, escoria, o la mía!

—¡Que así sea! —respondió Morven, sin vacilar—. ¡Pueblo, golpead al blasfemo! ¡Escuchad cómo el río se derrama sobre vuestros hijos y vuestros hogares! ¡Adelante, adelante, o pereceréis!

Y Siror cayó, atravesado por quinientas lanzas.

—¡Matad! ¡Matad! —gritó Morven, mientras los jefes de la casa real rodeaban al rey. Y el estruendo de las espadas, y el resplandor de las lanzas, y los gritos de los moribundos, y el grito de la gente pisoteada se mezclaban con el rugido de los elementos, y las voces de la ola que se precipitaba.

Trescientos jefes perecieron esa noche por las espadas de su propia tribu, y el último grito de los vencedores fue:

—¡Morven el profeta! ¡*Morven el rey!*

Y el hijo de Oslash, al ver que las olas se extendían sobre el valle, llevó a Orna, su mujer, y a los hombres de Oestrich, a sus mujeres y a sus hijos, a una alta montaña, donde esperaron el sol naciente. Pero Orna se sentó aparte y lloró amargamente, porque sus hermanos ya no existían y su raza había desaparecido de la tierra. Y Morven trató de consolarla en vano.

Al amanecer, vieron que el río cubría la mayor parte de la ciudad y seguía su curso entre las hondonadas del valle. Entonces Morven dijo a la gente:

—Los reyes de las estrellas han sido vengados y su ira ha sido apaciguada. Quedaos aquí hasta que las aguas se hayan fundido con las grietas de la tierra.

Al cuarto día regresaron a la ciudad y nadie se atrevió a designar a ningún otro, salvo a Morven, como el rey.

Pero Morven se retiró a su cueva y meditó a fondo, y luego, reuniendo al pueblo, les dio nuevas leyes. Y les hizo edificar un gran templo en honor a las estrellas, y les hizo amontonar en él todo lo que la tribu tenía de más valor. Y tomó cincuenta hijos de los miembros más famosos de la tribu, y tomó también a diez de entre los hombres que mejor le habían servido, y les ordenó que sirvieran a las estrellas del gran templo, y Morven fue su jefe. Y apartó de sí la corona que le apremiaban ceñirse y escogió un nuevo rey de entre los ancianos. Y ordenó que en adelante solo los siervos de las estrellas del gran templo eligieran al rey y a los gobernantes, y celebraran consejo, y declarasen la guerra, pero permitió que el rey festejara, cazara y se divertiera en los salones de banquetes. Y Morven construyó altares en el templo y fue el primero que en el Norte sacrificó sobre los altares a bestias y aves y, después, a víctimas humanas. Y sacó augurios de las entrañas de las víctimas y construyó escuelas donde aprender la ciencia del profeta. Y la piedad de Morven asombraba a la tribu, porque se negaba a ser rey. Y Morven, el sumo sacerdote, era diez mil veces más poderoso que el rey. Enseñó al pueblo a labrar la tierra y a sembrar la hierba. Y por su sabiduría, y por el valor que sus profecías infundían a los hombres, conquistó a todas las tribus vecinas. Y los hijos de Oestrich se extendieron a lo largo y ancho de un poderoso imperio y con ellos se extendieron el nombre y las leyes de Morven. Y en todas las provincias que conquistó les ordenó que construyeran un templo a las estrellas.

No obstante, una pesada tristeza cayó sobre los temores de Morven. La hermana de Siror inclinó la cabeza y no sobrevivió mucho tiempo a la matanza de su estirpe. Y dejó a Morven sin hijos. Y él lloró con amargura y como quien

está angustiado, porque solo a ella, de todo el mundo, podía su corazón amar. Y, sentándose, se cubrió el rostro, diciendo:

—¡Ay! Me he afanado y esforzado al máximo, y nunca antes en el mundo el hombre conquistó lo que yo he conquistado. ¡Verdaderamente, el imperio de los músculos de hierro y los miembros gigantesos ya no existe! He fundado una nueva potencia, que de ahora en adelante dominará las tierras, el imperio nacido de un cerebro calculador y una mente dominante. Pero mi destino es estéril y siento que ya no crecerá ni fruto ni árbol como refugio para mi vejez. Desolado y solitario pasaré a mi tumba. ¡Oh, Orna! ¡Hermosa mía! ¡Amada mía! ¡No hay nadie como tú, y a tu amor debo mi gloria y mi vida! Por ti, oh dulce pájaro que anidaba en la oscura caverna de mi corazón, por ti habría perdonado a tus hermanos, porque en verdad con mi vida habría comprado la tuya. ¡Ay! Solo cuando te perdí descubrí que tu amor me era más querido que el miedo que me tienen los demás.

Y Morven lloraba noche y día sin que nadie pudiera consolarlo.

A partir de ese momento se entregó únicamente a los asuntos de su vocación. Su naturaleza y sus afectos, y todo lo que aún quedaba de blando en él, se endurecieron como la piedra. Era un hombre sin amor y prohibió el amor y el matrimonio a los sacerdotes.

En sus últimos años, surgieron otros profetas, porque el mundo se había hecho más sabio gracias a la sabiduría de Morven, y algunos se decían:

—Mirad cómo Morven, el hijo del pastor, es un rey de reyes; esto hizo el lucero por su siervo ¿No sería buena idea que también nosotros seamos siervos de las estrellas?

Y vistieron ropas negras como Morven y se pusieron a profetizar lo que las estrellas les dictaban. Y Morven se enfureció mucho porque

él, más que los demás hombres, sabía que los profetas mentían. Por tanto, luchó contra ellos con los ministros del templo, y los capturó y los hizo quemar a fuego lento porque, como dijo Morven al pueblo:

—Un verdadero profeta tiene honor, pero solo *yo* soy un verdadero profeta. Todos los falsos profetas serán ajusticiados.

Y el pueblo aplaudió la piedad del hijo de Osslah.

Y Morven formó a los más sabios de los niños en los misterios del templo, de modo que crecieron para sucederle con dignidad.

Y murió lleno de años y honores. Y esculpieron su efigie en una piedra majestuosa delante del templo y la efigie duró mil siglos y quien la miraba temblaba porque el rostro sereno tenía la serenidad de un aura indescriptible.

Y Morven fue el primer mortal del Norte que hizo de la Religión el trampolín hacia el Poder. ¡Con toda seguridad Morven fue un gran hombre!

Era la última noche del año viejo y las estrellas estaban sentadas, cada una en su trono de rubí, y miraban con ojos insomnes el mundo. La noche era oscura y turbulenta, los vientos temibles campaban libres, y raudas se apresuraban las nubes en gran número bajo los tronos de los reyes de la noche. Y, de vez en cuando, centelleaban meteoros ardientes cruzando las profundidades del cielo y eran de nuevo tragados por la tumba de las tinieblas. Pero muy por debajo de sus hermanos, y con una neblina espeluznante en derredor de su orbe, se sentaba el lucero descontento que vigilaba a los cazadores del Norte.

Y en el abismo más profundo del espacio se extendía una densa y poderosa penumbra de la cual, como de un caldero, se elevaban columnas de humo envolvente. Y, sin embargo, cuando los grandes vientos se detuvieron por un instante en sus caminos, se oyeron voces de aflicción y risas, mezcladas con alaridos, que retumbaban desde el abismo hasta el aire superior.

Y en la oscuridad de la noche una vasta figura se elevó con lentitud desde el abismo, y sus alas arrojaron neblina sobre el mundo. Hacia el alto trono del lucero descontento navegaba la forma temible y el lucero tembló en su trono cuando la forma se colocó frente a él cara a cara.

Y la forma dijo:

—¡Salve, hermano! ¡Salve!

—No te conozco —respondió el lucero—; tú no eres el arcángel que visita a los Reyes de la Noche.

Y la forma rio a carcajadas.

—¡Soy la estrella caída de la mañana! ¡Yo soy Lucifer, tu hermano! ¿No me has servido, oh hosco rey, a mí y a los míos? ¿Y no has arrebatado la tierra a tu Señor, que está sentado en lo alto, y me la has dado, oscureciendo las almas de los hombres con la religión del miedo? Por tanto, ven, hermano, ven. Tienes un trono preparado junto al mío en la ardiente oscuridad. ¡Ven! ¡Los cielos ya no son para ti!

Entonces el lucero se levantó de su trono y descendió al lado de Lucifer, porque el espíritu del descontento siempre ha tenido simpatía por el alma del orgullo. Y ambos se hundieron lentamente en el abismo de la penumbra.

Era la primera noche del nuevo año y las estrellas estaban sentadas cada una en su trono de rubí y miraban con ojos insomnes al mundo. Pero la tristeza oscureció los rostros brillantes de los reyes de la noche, porque lloraban en silencio y con miedo por su hermano caído.

Y las puertas del cielo de los cielos se abrieron con un estruendo dorado y el veloz arcángel descendió con sus alas silenciosas. Y el arcángel dio a cada una de las estrellas, como antes, el mensaje de su Señor, y a cada estrella le fue asignado un encargo. Y cuando la ceremonia parecía ya terminada, se oyó una risa desde el abismo de la penumbra y hasta la mitad de camino del abismo se elevó la espeluznante figura de Lucifer, el demonio.

—¡No has contado bien tu rebaño, oh pastor radiante! ¡Mira, falta una estrella de las tres mil diez!

—¡Vuelve a tu abismo, falso Lucifer!, el trono de tu hermano ya ha sido llenado.

Y hete aquí que mientras el Arcángel hablaba, las estrellas contemplaron a un joven y resplandeciente desconocido sentado en

el trono del lucero errante. Y su rostro era tan agradable a la vista que el más débil de los ojos humanos podría haber contemplado imperturbable su esplendor. Pero solo el oscuro demonio quedó deslumbrado por su brillo y, con un grito que hizo temblar las columnas llameantes del universo, se sumergió en la penumbra.

Entonces, lejana y dulce, desde el arco invisible, se oyó la voz de Dios:

—¡Mirad! En el trono del lucero descontento se sienta el lucero de la Esperanza, y aquel que insufló en la humanidad la religión del Miedo tiene un sucesor en aquel que enseñará a la tierra la religión del Amor.

¡Y por siempre jamás el lucero del Miedo mora con Lucifer y el lucero del Amor vela en el cielo!